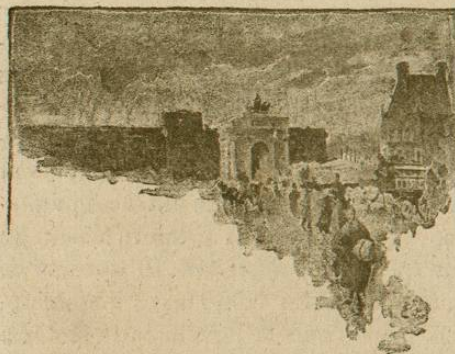


acometida del mar y el buque hundiéndose con sus banderas rojas, sus bandas doradas, sus delegados con togas de pieles, con uniforme de Generales, sus batallones de amazonas con polainas y plumeros, sus soldados de Circo adornados con kepis españoles y sombreros garibaldinos, sus lanceros vestidos á lo polaco, sus *turcos* de fantasía, borrachos, furiosos, cantando y dando vueltas. Todo eso desaparecía en horrible mezcolanza, arrastrado por la corriente; y de tanto ruido, de tantas locuras, de tantos crímenes, de tantos pasquines y hasta de tantos heroísmos, no quedaba más que una banda roja, un kepi con ocho galones, una guerrera con alamares, encontrados una mañana en la orilla, manchados

de inmundicia y de sangre.



HISTORIA DE MIS LIBROS

LOS REYES EN EL DESTIERRO

He ahí ciertamente aquel de todos mis libros que más trabajo me ha costado poner de pie; el que más tiempo he llevado metido en la cabeza en estado de título y de oscuro boceto, tal como se me apareció una tarde de Octubre en la plaza del Carrousel, mirando al trágico desgarrón que había hecho en el cielo de París el hundimiento de las Tullerías.

Príncipes desposeídos que se desterraban voluntariamente á París después de arruinados; que se alojaban en la calle de Rívoli, y que al despertar se asomaban con las persianas levantadas al balcón del hotel y desde allí veían aquellas ruinas, fueron la primera visión de *Los Reyes en el destierro*. El libro no es tanto una novela como un estudio histórico, puesto que la novela es la historia de los hombres, y la historia la novela de los Reyes.

No es el estudio histórico tal, como generalmente se practica entre nosotros, compilación sombría, polvorienta, retocada, uno de esos librajos que tanto quiere la Academia, los cuales premia todos los años sin abrirlos, y en cuyas cubiertas se podría escribir: *para uso externo*, como sobre los azules frascos de una botica, sino un libro de historia, moderno, vivo, humano, capcioso, de una documentación terriblemente ardiente y ardua, que es necesario arrancar á las entrañas mismas de la vida, en vez de desterrarlos de entre el polvo de los archivos.

A mis ojos, la dificultad de la obra estaba precisamente en eso, en esa caza de modelos, de informes y datos verdaderos, en el fastidio y en la molestia de todo ese noticierismo que imponía la novedad de un asunto tan lejano á mí, tan fuera de mi medio ambiente, de mis costumbres de vida y de mi espíritu. Siendo joven me había tropezado con frecuencia con la negrísima peluca del duque de Brunswick, arrastrándose por los estrechos corredores de los *restaurants* que están abiertos toda la noche, en medio del cálido aliento del gas, de los *patchulis* y de las especias; en casa de Bignon, en el diván del fondo de la sala, se me apareció una noche Citron-el-Taciturno, comiéndose una rebanada de hígado de pato enfrente de una mujer pública, y también un domingo, á la salida del Conservatorio, la elevada y altiva estatura del rey de Hannover, ciego y andando á tientas por entre las columnas del peristilo, del brazo de la interesante princesa Federica, que le decía cuándo debía saludar. Todo, en suma, era muy vago; no tenía ninguna impresión precisa so-

bre la vida íntima de aquellos Príncipes desterrados; acerca de la manera que tenían de soportar su desgracia; sobre cómo les había impresionado el destierro y los aires de París; sobre lo que quedaba todavía de sus mantos reales y del ceremonial y etiqueta cortesanos en sus alquiladas viviendas.

Para saber todo eso necesité mucho tiempo y un sinnúmero de idas y venidas, poner en movimiento todas mis relaciones de parisiense viejo, recorriendo de arriba á abajo toda la escala social, desde el tapicero que amueblaba el hotel regio de la calle de Presburgo, hasta el gran señor y el diplomático invitados como testigos á la abdicación de la reina Isabel; coger al vuelo la confianza del hombre de buena sociedad; hojear notas y documentos de policía y libros de venta de mueblistas; luego, cuando hube llegado al fondo de la vida de aquellos Monarcas, conocido las altivas desesperaciones, las abnegaciones heroicas, al mismo tiempo que las manías, las decrepitudes, los rozamientos del honor, las conciencias agrietadas,

dejé á un lado la información que estaba instruyendo, y no conservé de ella más que detalles típicos cogidos aquí y allá, rasgos de costumbres y de manera de presentarse; en una palabra, la atmós-



fera general en que debía moverse mi drama.

Sin embargo, por una debilidad que ya he confesado antes de ahora, la necesidad de realidad que me oprime y me obliga á dejar siempre la etiqueta de la

vida al pie de mis investigaciones más cuidadosamente hechas; después de haber instalado mi casa real en la calle de la Pompe, en el hotelito del duque de Madrid, con el cual tenía más de un punto de semejanza mi Cristián de Iliria, la trasladé á la calle de Herbillon, á dos pasos de los barrios bajos y de esas fiestas populares donde quería yo que Méraut le enseñase el pueblo á Federica para que aprendiera á no temerlo más.

Como el rey y la reina de Nápoles han vivido mucho tiempo en la calle de Herbillon, no ha faltado quien diga que ellos era á quienes intentaba retratar; pero afirmo que eso no es verdad, y que aun cuando la decoración era auténtica, mi real pareja era de pura invención.

Méraut, si está copiado del natural, es real, por lo menos de medio cuerpo arriba; y el modo en virtud del cual me decidí á hacerlo figurar en mi libro, vale la pena de que lo relate. Resuelto como estaba á no escribir un libelo, y á que uno de mis personajes defendiese la causa de la legitimidad y del derecho divino, procuré entusiasmarle con ella, reanimar

las convicciones de mis primeros años juveniles, leyendo á Bonald, á José de Maistre, á Blanc Saint-Bonnet, á los que d'Aurevilly ha llamado los *profetas del pasado*. Un día, en un viejísimo ejemplar de la *Restauración francesa*, comprado en un puesto de libros viejos, al pie de una carta en que el autor remitía el ejemplar, encontré esta posdata, que copio al pie de la letra:

«Si necesita usted algún joven instruído y elocuente, dirijase de *mi parte* al Sr. Therion, que vive en el hotel del Luxemburgo, calle de Tournon, núm. 18.»

En séguida se me representó aquel muchacho de ojos negros y brillantes que conocí cuando llegué á París, con libros debajo del brazo siempre, saliendo de un gabinete de lectura ó mirando los escaparates de las librerías; pobre diablo larguirucho, espantado, que se colocaba siempre con el mismo movimiento, repetido constantemente, las gafas en el caballete de una nariz chata, abierta, sensual, llena de vida. ¡Elocuente, sí, y sabio, y bohemio! Todos los cafetines del barrio Latino le habían oído

alardear de fe monárquica, y en todos ellos había logrado, por su elegante gesto, por su voz persuasiva y por su calurosa elocuencia, que su auditorio, envuelto en el humo de las pipas, lo escuchase atentamente.

¡Ah! Si yo lo tuviese ahora vivo, ¡qué gran recorte para mi libro! Él le habría dado un soplo de su entusiasmo, de su vigor realista: ¡qué magníficos informes acerca de su residencia en la corte de Austria, adonde había ido de preceptor de unos Príncipes, y de donde había vuelto desilusionado!

Pero aquel Constancio Therion había desaparecido hacía mucho; había muerto de miseria, y, desgraciadamente, nunca lo traté con intimidad; mis ojos de entonces no veían todavía claro; era yo demasiado joven y me ocupaba más en vivir que en observar. Entonces, para suplir los pormenores de que acerca de él carecía yo, se me ocurrió hacerlo de país anónimo, de Nimes, de *aquel barrio* trabajador de donde venían todos los obreros de mi padre á poner en su cuarto aquel sello rojo, *Fides, Spes*, que había

yo visto en casa de mis padres, en la sala donde cantaban el *¡Viva Enrique IV!*, que era la canción obligada al final de todas nuestras fiestas de familia; se me ocurrió rodearlo de todas esas tradiciones realistas, en medio de las cuales crecí, y las cuales he conservado hasta que llegué á la edad en que se abre el espíritu y el pensamiento se emancipa.

Una vez encontrado Méraut, ó Therion si lo preferís, ¿quién podía llevarlo á la casa de su Rey? ¿Quién podía encargarlo de la educación de un Príncipe? De ahí Zara. Y precisamente en aquel momento, una desgracia acaecida en casa de unos amigos míos, un niño herido en el ojo por el balín de una escopeta de salón, me daba la idea del pobre abastecedor de Reyes deshaciendo su propia obra.

Las visiones del sueño se impresionan en las realidades de la vida. En un tiempo en que yo soñaba mucho, había tomado la costumbre de escribir mis sueños por la mañana, acompañándolos con notas explicativas. Hice tal cosa el día antes... dije esto... me encontré á Fulano...

Pues bien, á *Los Reyes en el destierro* les podría poner notas como aquéllas. Al pie del capítulo de la feria del pan de higos, en el cual se lleva Méraut en brazos al pequeño Rey porque éste tiene miedo, escribiría: «Ayer visité la calle de Herbillon.—Anduve por los bosques de Saint-Mandé con uno de mis hijos.—Domingo de Pascua.—Ruidos de fiesta.—Nos metimos entre la muchedumbre que nos apretaba y se movía.—El niño tiene miedo y lo cojo en brazos para sacarlo de los apretones de la feria.»

En otra parte, al final del capítulo sobre el baile heroico en el hotel de Rosen, anotaría que, una vez en la Exposición del 78, oyendo la música húngara y bebiendo *tockai*, las vibraciones de los platillos me recordaron un baile polaco en casa de la condesa de Chodsko, baile de despedida dado en honor de aquellos jóvenes, muchos de los cuales no habían de volver jamás. ¡Y luego que, cuando se lleva un libro en la cabeza y no se piensa más que en él, hay una porción de cosas afortunadas, de extrañas coincidencias, de encuentros milagrosos! Ya

he hablado de la esquila de Blanc Saint-Bonnet. Otro día era el proceso intentado por el duque de Madrid contra Boet, su ayudante de campo, las alhajas empeñadas, el Toisón de oro vendido; otro una subasta en el Tattershall, los carruajes de gala del duque de Brunswick comprados para el Hipódromo; luego la venta en la sala Drouot de dos coronas pertenecientes á la reina Isabel.

Y el día que yo fui á presenciar aquella venta fué cuando un individuo de la *high-life*, soberbio idiota, asomando su cabeza por entre la de dos auverneses, me decía:

—¿Dónde es la fiesta esta noche?

Una frase estúpida que yo lancé, y que ha tenido la suerte de todas las frases estúpidas.

Otra vez vi pasar por delante de la *Librería nueva* el entierro del viejo rey de Hannover, acompañado por el príncipe de Gales. ¡Hermosa página que escribir, aquel entierro de un rey desterrado! Desgraciadamente me estorbaban los entierros de mis libros anteriores, *Mora*, *Desideria*, el reyezuelo *Madou-Gheso*.

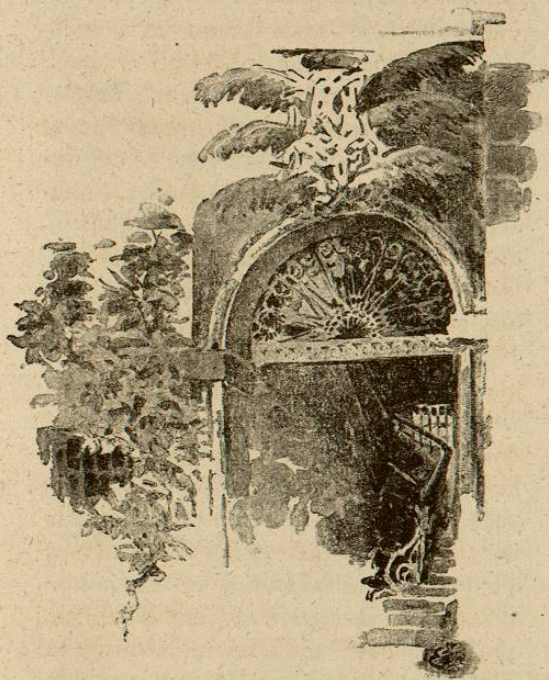
Pero todo eso me aseguraba que estaba haciendo un libro de mi tiempo, que llegaba oportunamente.

Escribí *Los Reyes* en la plaza de los Vosgos, en el fondo de un patio grande, donde macizos de hierba verde cortaban en cuadros las desiguales baldosas; en un pabelloncito invadido del reflejo de unas viñas vírgenes, pedazo olvidado del hotel Richelieu.

En el interior, antiguos tallados de la época de Luis XIII, dorados, casi negros, y una altura de techo de cinco metros; en el exterior, un balcón de hierro colado, enmohecido por la base. Aquel era el marco que convenía á ese cuadro melancólico. En aquel anchuroso gabinete de trabajo encontraba yo todas las mañanas los personajes de mi imaginación, vivos como seres reales, agrupados alrededor de mi mesa.

La tarea fué difícil, tiránica. No salía más que por las mañanas, á la escasa luz de los días de invierno, para llevar á mi hijo al colegio de Carlomagno, por las callejuelas llenas de barro de aquel rincón del Marais, pasaje de Eginhard, el

gueto donde fermentaba el chalaneo del tío Leemans, donde me cruzaba con las



obreras que bajaban hacia Paris, muy bien peinadas, simiente de Séforas, de narices arqueadas, graciosas y sonrien-

tes. De vez en cuando una expedición, un paseo para tomar informes, la busca de una casa, el antro de Tom-Lewis, el convento de los franciscanos en la calle de los Hornos...

De repente, en medio del libro, en plena efervescencia de esas horas crueles que son las mejores de la vida, súbita interrupción, crujido de la máquina, demasiado forzada. Aquello empezó trabajando; pero sueños de minuto, adormecimientos de pájaro, temblores al escribir, languideces que interrumpían una cuartilla y que no podía dominar: fué preciso descansar á mitad de la jornada y dejar que pasase el cansancio. Conté con los cuidados del bueno del doctor Potain y con la tranquilidad en el campo, para devolver su fuerza á mis alterados nervios. Y, en efecto, al cabo de un mes que pasé en Champrosay embriagándome con los saludables perfumes del bosque de Sénart, sentí un bienestar, una dilatación extraordinarios.

Avanzaba la primavera; mi savia bullía, fermentaba como la suya y hacía florecer de nuevo los enternecimientos

de mis veinte años. Es para mí inolvidable la alameda del bosque donde, entre la espesura de los nogales y las encinas, escribí la escena del balcón que hay en mi libro. Luego, bruscamente, sin dolor, se me despertó una hemoptisis violenta, que me llenaba la boca de sangre y de mal sabor. Tuve miedo, creí que aquel era el final, que era preciso irse, dejando la obra sin acabar; y en una despedida que me parecía un adiós supremo, tuve la fuerza suficiente para decir á mi mujer, á la queridísima compañera de todas mis horas buenas y malas: «Acaba el libro.»

La inmovilidad, algunos días de cama muy crueles, con todo aquel estrépito de libro que tenía continuamente en la cabeza... y pasó el peligro. Todo sirve. Tourgueneff, poco tiempo antes de morir, tuvo que soportar una operación quirúrgica muy dolorosa, y le sirvió para anotar en su espíritu todos los matices del dolor. Decía que quería contárnoslos en una de aquellas comidas que por entonces teníamos con Zola y con Goncourt. Yo también analizaba mis sufrimientos,